

HOMILÍA PARA LA MISA JUBILAR DE LA DIÓCESIS DE MINAS - 27/VI/10

Muy apreciado Mons. Rodolfo Wirz, Administrador Apostólico de esta querida Diócesis de Minas, estimado Obispo de Canelones, Obispo de San José de Mayo, queridos sacerdotes, religiosos y fieles cristianos de todas las comunidades de esta querida diócesis:

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral en el domingo, día del Señor, para celebrar la Santa Eucaristía, en la que tenemos tantos motivos para dar gracias a Dios: hoy, en modo particular, damos gracias por los 50 años de vida de la diócesis de Minas. Hemos escuchado la Palabra de Dios, que nos ha convocado aquí para esta Eucaristía. Somos la Asamblea de los bautizados, de los creyentes, de los que escuchan la Palabra de Dios y buscan vivir esa Palabra que ha sido anunciada. Una Palabra que hoy nos recuerda cómo debe ser nuestro camino de cristianos, es decir, de discípulos de Jesucristo. Es cierto que, para la mayoría de nosotros, la decisión por Cristo fue tomada en el día de nuestro Bautismo. Y aunque en ese día han sido nuestros padres y padrinos quienes han respondido por nosotros: *"Yo creo, yo renuncio, yo me comprometo"*, a lo largo de nuestra vida cristiana nosotros mismos hemos escuchado la pregunta del Señor, hemos recibido el llamado a seguirlo y hemos aceptado responsablemente vivir como discípulos suyos en la familia de Dios, en la comunidad de los creyentes bautizados. Por esto, la Palabra de Dios, aceptada y vivida por nosotros, nos ha hecho hijos de Dios, discípulos de Jesucristo y miembros de la Iglesia.

El evangelio nos trae hoy tres palabras sobre nuestra condición de discípulos. Son expresiones radicales, porque exigen la entrega total de nuestra persona: no admiten ninguna decisión a medias y ningún retroceso. Porque el Evangelio nos recuerda que el que pone la mano

en el arado y mira hacia atrás, no será capaz de trazar con rectitud los surcos de la propia vida, de la respuesta personal al llamado de Dios. Es necesario ponerse, como Jesús, en las manos del Padre y decirle nuestro sí, no sólo de palabra, sino con toda nuestra existencia. Sólo así seremos aptos para el Reino de Dios.

La circunstancia particular que estamos viviendo hoy, al celebrar el año jubilar de esta diócesis de Minas, nos invita a reconocer la acción de Dios en los 50 años de la historia diocesana, dirigiendo en primer lugar la mirada hacia el pasado. La Iglesia peregrina en Minas ha formado comunidad bajo la guía de diversos pastores que, desde su primer Obispo, Mons. José María Cavallero, han guiado a esta porción del pueblo de Dios. Al agradecer a Dios sus desvelos pastorales, es justo también agradecerle todo el bien que han realizado los sacerdotes, religiosos y laicos que fueron construyendo esa historia a lo largo de los años. Lo que pudo haber habido de mal, lo dejamos al juicio del Señor y a su misericordia. Hoy queremos dar gracias por los muchísimos dones de Dios recibidos en 50 años de vida.

Nuestra mirada se dirige también con entusiasmo hacia el presente, en el que buscamos seguir las pautas señaladas por nuestros obispos latinoamericanos en la Conferencia de Aparecida. Todos ustedes intentan vivir un proceso de renovada adhesión a Cristo y a su Iglesia, de conversión personal, que les permita ser mejores discípulos-misioneros del Señor Jesús. Es decir, servir con fe, amor y esperanza a Cristo en los hermanos y reconocerlo, sobre todo, en los más pobres y olvidados, tanto en el plano material como en el espiritual. El futuro de la diócesis está lleno de posibilidades y alimenta una mirada de esperanza, fundada en la presencia de Aquel que nunca nos

defrauda. En estos últimos tiempos, la comunidad diocesana está llamada a vivir en una actitud penitencial y de profunda purificación. Al mismo tiempo, dicha actitud ayudará a estimular aquellos frutos de bien -que se concretizan en vocaciones consagradas y en un renovado compromiso laical- tan necesarios para que el Reino de Dios siga creciendo en estas tierras minuanas de gente sencilla y hermosas serranías.

t-

He venido a esta celebración como Nuncio Apostólico, representante del Santo Padre, que es el sucesor de Pedro, el centro de la Iglesia, el garante de la ortodoxia de la fe, el Pastor que busca el bien universal. Estas expresiones nos recuerdan algunas afirmaciones esenciales de nuestra fe, subrayadas por el Concilio Vaticano II, en referencia a la vida de la Iglesia, tanto particular como universal. Porque la Iglesia Católica está extendida por el mundo entero y **subsiste en cada Iglesia particular**. Podemos decir que existe una Iglesia particular allí donde se hace presente la celebración de la Eucaristía, presidida por el Obispo con su Presbiterio, y donde se anuncia y vive la Palabra de Dios -transmitida en las Escrituras, el Magisterio y la Tradición- sintetizada en el amor a Dios y a los hermanos, especialmente a los más necesitados.

Nuestra fe afirma que cada Iglesia particular, que tiene como guía a su Obispo, sucesor de los Apóstoles, está en **comunión con todas las otras Iglesias particulares**, dentro de la Iglesia Católica. Cada Iglesia particular -que es una porción del pueblo de Dios presente en una realidad local- está en una muy peculiar **comunión con el Santo Padre**, Pastor Universal de la Iglesia, y está llamada a dar testimonio de su fe, caridad y esperanza, y también de su solidaridad con todos los hermanos de la sociedad en la que está inserta.

Finalmente, esta Iglesia particular está llamada a ser **fermento de la sociedad uruguaya**, llevando la presencia de Cristo, viviendo y testimoniando el evangelio, esparciendo semillas de bien, viviendo en unidad, según la oración del Señor: *"Padre, que sean uno, para que el mundo crea "*.

Esta querida Iglesia particular de Minas está llamada a **vivir el feliz aniversario de la fundación de** la diócesis, redescubriendo y revalorizando estas verdades fundamentales de nuestra fe, de nuestra identidad como discípulos de Cristo y miembros de la Iglesia. Estamos a la espera del nombramiento que el Santo Padre hará del nuevo Pastor que la guíe. Ruego al Señor para que esta diócesis pueda conservarse viva y dinámica, como luz de evangelio en medio de las tinieblas del mundo y viviendo en intensa comunión con su Pastor, con el Santo Padre y con toda la Iglesia universal. Pongo confiadamente mi petición en manos de la Santísima Virgen del Verdún, venerada en esta diócesis y en todo el Uruguay, para que ella mire con ojos de Madre y ayude con su poderosa intercesión a cada uno de sus hijos de esta querida comunidad eclesial de Minas.